

# LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES.

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA publica  
los días 15 y último de cada mes.

Se remite á la Isla franco de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO  
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.  
S. Sebastian-75.  
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripcion.  
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.  
Solo se admite suscripcion por trimetr.

## PETRARCA.

### I.

Cinco siglos han trascurrido desde la muerte del Petrarca, y sin embargo son hoy tan conocidas y se recuerdan con tan vivo interés su carácter y sus aventuras, como los nombres mas ilustres y las anécdotas mas recientes de los hombres notables de estos últimos tiempos. Él, lo mismo que Cervantes ha conservado y conservará á través de los siglos el honor de una reputacion universal é imperecedera, y sus mismos detractores no han podido menos de confesar que solo á su mérito se debe tan grande y rara distincion. Sus obras no son otra cosa que la fiel expresion de sus sentimientos personales y á esto se debe indudablemente en gran parte la popularidad de que goza.

Mereció el primer lugar entre los hombres de su época que se afanaron por el renacimiento del saber, y el genio que descuella en sus obras constituye el título mejor fundado al reconocimiento de la posteridad. Parece que la naturaleza lo destinó á ser el primero de los poetas líricos, pues pasó mucho tiempo sin que hubiese en Italia un poeta con quien poderle comparar, atribuyéndose la decadencia de la poesía á la influencia que sus propias obras habían ejercido sobre la literatura italiana. Nada mas favorable á la reputacion de un escritor, dice Lord Macaulay, que el ser seguido por una generacion que le sea inferior.

Sus producciones respiran la suavidad del misticismo evangélico, y Mr. de Lamartine, refiriéndose á la sensibilidad de su alma y á la tierna expresion de sus creaciones, lo considera como el poeta mas perfecto de todos los tiempos y de todos los países desde la muerte del dulce y sensible Virgilio; pues no existe ninguno que pueda oponerse á la delicadeza de su estilo y á lo patético de sus pensamientos, ni aun el armonioso y tierno Racine.

Hay pocos hombres de quienes tanto se ha-

ya hablado y escrito como del Petrarca. Vivió solitario y absorto en la piedad, en el amor y en sus versos, y puede decirse que su vida fué la leyenda de un alma grande.

Nació Petrarca el año de 1304 en Arezzo, pequeña villa de Toscana, provincia de Florencia, patria tambien de Miguel Ángel, y cuya ciudad servía entonces de refugio á los desterrados que producía el flujo y reflujo de los partidos políticos que luchaban á la sazón en Italia. Su padre acérrimo gibelino y amigo íntimo del Dante, fué desterrado de Florencia marchando con él á Aviñon y enviándole poco despues á estudiar jurisprudencia á Montpellier y Bolonia, cuya carrera tenía muy pocos atractivos para el jóven Petrarca. Muertos sus padres en 1324, le dejaron bajo la custodia de tutores que dilapidaron sus bienes, y libre ya para seguir sus inclinaciones, se trasladó de nuevo, á la edad de 20 años, á Aviñon donde se dedicó enteramente al estudio de las ciencias y las letras. Allí conoció á la célebre Laura de Novés por quien concibió una vehemente pasion que fué tan duradera como su existencia, pero jamas correspondida. En medio del profundo dolor que esto le causaba y aconsejado por el Papa Juan XXII abrazó la vida eclesiástica y viajó para buscar un lenitivo á su desgraciada pasion. Jóven todavía, exhalaba en sus primeras poesías un lenguaje dulce y florido, pero su ambicion de gloria que era inmensa, y su excesiva modestia le inquietaban sobremanera y lo sumían en un estado de profunda tristeza y desanimacion. Cuenta el mismo Petrarca que en uno de los accesos de desaliento que le acometían frecuentemente, fué á consultar á su sabio maestro Juan de Florencia quien le recibió con su acostumbrada benevolencia. ¿Qué teneis?, — le dijo al verle — me parece que os encuentro melancólico; y mucho me equivoco ó algo desagradable os ha sucedido.

— No os engañais, querido maestro, estoy triste y sin embargo ninguna desgracia me

acontece; vengo á confiaros mis continuas penas; bien las conoceis, porque mi corazón jamas ha tenido secretos para vos y escuso repetiros las; sabeis todo lo que he hecho por vivir en el aislamiento y la soledad, y cuanto lucho por adquirir un nombre; pero sin saber porqué, en el momento mismo en que creía elevarme hasta el pináculo de mis aspiraciones, me siento desfallecer y mi espíritu se abate. Despues de haber intentado aprenderlo todo, veo que nada sé, que soy un ignorante, ¡abandonaré el estudio de las letras! ¡Maestro, tenedme compasion! ¡Sacadme, por Dios, de la horrible ansiedad en que me encuentro.....

Y diciendo esto, rompió en llanto.....

## II.

El desgraciado é incurable cuanto puro amor que lo devoraba era la causa de su eterna melancolía y de sus constantes pesares.

Adivínase que nos referimos á su pasión por Laura, pasión que fué su vida, su falta, si puede llamarse así, y su gloria. Para juzgar de la criminalidad ó inocencia de este desventurado amor en un joven poeta, que solo tenía del estado eclesiástico, el hábito y la tonsura, es necesario recordar lo que Petrarca y lo que su tiempo entendían por amor, que no era en realidad mas que la pasión de lo bello, la admiración, el entusiasmo, la devoción del alma hácia un sér de perfección ideal, el culto, en una palabra, pero el culto divino á través de una belleza mortal.

El encuentro que decidió de la vida y de la inmortalidad de Petrarca, está contado por él con todas las circunstancias de lugar, año, día y hora como un acontecimiento de la historia del mundo.

“Yo, dice, que era mas salvaje que los ciervos de los bosques, tenía un corazón virgen de emociones y el rostro que se ha presentado ante mí de improviso ha venido á despertarle llamando en su ayuda á una mujer invencible y contra la cual ni el genio, ni la fuerza de voluntad ni la súplica han podido nada.”

El lunes de la Semana Santa 6 de Abril del año 1,327 á las seis de la mañana en la iglesia de Sta. Clara, donde había ido Petrarca como de costumbre á hacer sus oraciones, fueron sus ojos deslumbrados por la presencia de una dama llena de juventud y de una incomparable belleza. Estaba vestida con un traje de seda verde sembrado de violetas: su imagen, que quedó impresa para siempre en su memoria, así como las facciones y todos los detalles de su esbelta figura, forman el retrato de esa dama, esparcido en la mayor parte de las odas y de los sonetos de este poeta á quien puede llamarse su cantor.

Hé aquí como se describe la belleza de

Laura en un poema inédito y cuya publicación anhelamos vivamente porque de seguro que ha de dar gloria imperecedera á su autor y al país en que nació, que es el nuestro:

Natura celestial ese semblante  
pintó con nieve y purpurina rosa,  
con azul de la esfera rutilante  
pintó tus ojos de mirada hermosa,  
te dió su cabellera el sol, amante  
y tu gracioso andar mágica diosa,  
suspiro angelical formó tu labio  
que inspira amores y amoroso agravio.

Ensueño vaporoso de poesía,  
son ay! tu talle y tu gentil presencia,  
cuello de cisne, voz de melodía,  
tus palabras hechizan la existencia.  
En el mundo de amor eres el día,  
de la flor del querer eres la esencia,  
Venus celeste que la tierra encanta  
¿Quién pudo no adorar belleza tanta?

Á partir de la hora en que Petrarca conoció á Laura, el alma del insigne bardo no fué mas que un canto de deseo, de amor, de pesares, de recuerdos consagrados á su vision. Era Laura para él lo que Beatriz para Dante, saliendo de la infancia y del sueño y llegando á la realidad y á la perfección de la belleza. Sus innumerables sonetos, canciones y rimas, en que apenas se deslizaba el nombre de Laura bajo la imagen demasiado trasparente y puerilmente alusiva del *laurel*, llenaban de entusiasmo y admiración las ciudades de Aviñón, Florencia y Roma.

La publicidad que tuvo este amor, ó mejor dicho el culto de Petrarca no ofendían ni la virtud de su ídolo ni la susceptibilidad del esposo. La intachable conducta y la inmaculada reputación de Laura estaban por cima de toda clase de murmuraciones, y el caballero Hugues de Sales con quien había casado, por cima de toda clase de celos.

Tal amor divinizado por aquellos versos sublimes, constituía una gloria y no una afrenta en la época á que nos referimos, en que un poeta era un paladín luchando en público en honor de su dama. Así fué siempre el carácter del amor de Petrarca, el cual, si lo vió correspondido alguna vez con una complacencia, una gracia ó una sonrisa inocentes, no lo vió jamas con acciones culpables ni bajo las mas leves apariencias. Era una locura del genio que se le perdonaba y que se enardecía en medio de una adoración sin misterios. Laura venía á ser una divinidad en el alma de su amante, y este culto tenía la unción, la devoción, el misticismo de todo culto; tenía sus reliquias, sus plegarias y sus estaciones, en que consagraba la memoria del día en que nació, de los acontecimientos que lo desarrollaron y tambien ¡ay! de su calvario y de su sepultura.

Encontrábase en la ciudad de Parma y



hasta allí le perseguía sin cesar el recuerdo de Aviñon donde se encontraba su amada. Así lo escribe él mismo. “¡Otras veces, cuando abandonaba á Laura la veía en sueños; su angelica vision me consolaba, y ahora... se aleja de mí y me entristece. Creo oírla decir como en el día de nuestra separacion *¡no me veis mas en la tierra!* ¡Estaré quizás ya en el cielo! ¡Qué incertidumbre!”

Cuenta tambien que la imagen de Laura se le apareció en sueños y le dijo: “pasas los días lejos de mí y no vives apenas; nunca estás de acuerdo contigo mismo; recorre el mundo, que tienes algo bueno que hacer y es amarme siempre en todas partes donde te encuentres: seré tu único pensamiento y para mí serán tus inspiraciones poéticas.” Despues le sigue hablando largamente de su casto y desinteresado amor sobre la tierra y de su eterna union en la patria de las almas.

Este sueño de Petrarca era profético. Laura habia muerto de la peste en Aviñon el 6 de Abril, aniversario de su primer encuentro en la Iglesia de Santa Clara.

Las fechas son supersticiones del amor. Este 6 de Abril era el anuncio de su encuentro en el cielo donde segun dice él en una de sus mas apasionadas composiciones, no volverían jamas á separarse.

### III.

Desde este día la poesía amorosa de Petrarca revistió, por decirlo así, el duelo eterno de su alma, y sus versos se convirtieron en cantos fúnebres y su acento fué el de la tumba y el de la eternidad.

Buscando un lenitivo á su dolor, visitó la Francia y los Países bajos y fué despues en busca de desiertos lugares, hasta que se encerró de nuevo en la soledad de Vacluse. Allí dió rienda suelta á su pasion en versos que bien pronto diéronle una reputacion universal. Entre otro, escribió el canto que vamos á traducir literalmente.

El que pueda leerlo en la lengua donde ha sido salmodiado mas bien que escrito, escuchará en el acento de sus versos el sonido funeral de la campana que dobla sobre los sepulcros.

Hélo aquí: “Vuelvo á respirar aquí los aires de otros tiempos, y veo surgir ante mi vista estas risueñas colinas donde ella nació, donde la espléndida luz deslumbró tantas veces con sus rayos mis ojos ávidos y felices; donde la ausencia los entristece y los inunda hoy de lágrimas.

“¡Oh esperanza efímera! ¡Oh vanos pensamientos! viudas y solitarias están ahora las yerbas, y turbias las aguas y vacío y yerto el nido donde ella reposaba, ese nido donde yo

“quisiera haber habitado durante mi vida y dormido despues de muerto. Esperando encontrar al fin algun reposo despues de las fatigas de la vida, entre el encanto de estas flores y bajo la influencia de esas miradas que me consumieron, he servido á un dueño cruel y avaro que se llama amor, y tan intenso ha sido su fuego que he visto con mis propios ojos la hoguera de mi corazon, y ahora lloro sus cenizas esparcidas al viento de la muerte.”

Así se esparce toda su alma en versos que son lágrimas y en plegarias que tienen á la vez acentos de religion y de amor, el mas bello de todos los amores, porque es la forma inmortal que no habia sido conocida ántes de Petrarca. Santa Teresa la ideó en sentido opuesto hácia el mismo tiempo en España, aplicando al amor divino los éxtasis, las expresiones y las imágenes del amor terreno.

El renombre de Petrarca como poeta, como amante y como escritor consumado en las obras de estilo, se había extendido de tal manera fuera de su retiro de Vacluse, que Roma y París, las dos capitales de las letras y de las ciencias, le ofrecieron coronarle como al primer poeta de la época. Esta ceremonia era para los poetas de la edad media, lo que el antiguo triunfo para los héroes romanos.

Por una extraña coincidencia, nacida del entusiasmo del momento, los dos triunfos le fueron ofrecidos el mismo día por ámbas naciones, y él, que por una supersticion del corazon asociaba la fecha de su amor á todas las fechas felices de su vida, quiso llegar á Roma el seis de Abril, donde fué recibido con un entusiasmo indecible. Las letras que renacian entónces, eran el verdadero imperio de los pueblos.

No se ha visto en los tiempos modernos un triunfo intelectual comparable al suyo.

La pompa fué digna del pueblo romano y del primero de los poetas vivientes. El Capitolio se engalanó como en sus mejores días; el proceso verbal de la ceremonia dice así:

*Petrarca ha merecido el título de gran poeta y gran historiador, y en su consecuencia tanto por la autoridad del Rey Roberto de Nápoles, que á la vez le nombra su Capellan, como por la del Senado y el pueblo romano, se le ha concedido el derecho de llevar la corona de laurel, de encina ó mirto, á su eleccion, declarándosele al propio tiempo ciudadano Romano en recompensa del amor que ha manifestado constantemente por Roma, el pueblo y la república.*

El Soberano de Parma, deseando tenerle á su lado le hizo Arcediano de aquella Iglesia: los romanos le enviaron á Aviñon para que instalase al Papa Clemente VI que trasladase otra vez á Roma la Santa Sede, y el mismo Clemente le encargó que defendiese los derechos de la silla apostólica en la regencia de Nápoles. Há-

— Lúgubre morada, pero digna del destino que Dios le dió á los de tu raza.

— No! El destino que nos conviene y nosotros mismos nos hemos dado en armonía con el aliento que nos sobra. Nosotros, cuando el cielo se cubre de nubes y el fragor de la tempestad hace temblar la tierra en sus ejes, hendimos el espacio hasta mirar el sol frente á frente.

— Á nosotras se nos encuentra donde hay ventura y alegría: á vosotros donde se tiembla y se llora.

— Yo gozo con indomable valor en el peligro. Mi misión es desafiar los elementos cuando se desatan furiosos.

— La mía es la de servir de alfombra á la Madre de Dios.

— ¿Y de qué te servirá? Ahora mismo podrias evitar que la mano de un niño te arrancara del tallo y te arrojase entre el polvo deshojada!

— Sí, si á ello se opone la voluntad divina, contestó valerosa la reina de las flores.

— Pues yo con solo la mía lo evito. Mira cómo como he burlado las tentativas malévolas de ese médico naturalista que daría cualquier cosa por conseguirme para adornar con mi presencia un sitio distinguido en un museo.

De súbito un relámpago seguido de un trueno se hicieron sentir, y el Ravihorcado que era el pájaro cuestionador con la rosa, irguió su largo cuello exclamando con desden:

— No quiero perder mas palabras con tan ruin contendiente: voy á cruzar el vacío desde donde veré tu morada como un grano de arena. Si la tempestad se desencadena, morirás de seguro, mientras yo campearé libremente á mi capricho y antojo.

Esto diciendo voló el ave y la rosa quedó silenciosa, acaso llena de temor por el augurio de mal tiempo que acababan de hacerle. Pero fué fugaz su miedo. Pasados breves minutos que duró un aguacero del norte con ráfagas de viento, quedó limpia de nuevo la bóveda celeste donde mas bella aún reapareció la luna.

Un tiro sonó á poca distancia, lo que nada le inquietó por saber de donde provenía. Pero cuál fué la admiración de la rosa al ver pasar por su lado momentos despues al Dr. Stahl, que se retiraba lleno de alegría llevando exánime al altivo Ravihorcado que acababa de matar.

— Desgraciado! Prorrumpió la flor al verlo pasar. ¿Quién te diría que mi efímera existencia había de sobrevivir á la tuya! Tu loco orgullo te hacía pretender el enseñorearte sobre todo lo creado sin calcular, insensato, que nada, nada se mueve sin la autorizacion del Señor!.....

Yo dejé pasar al cazador científico; y mas

fresco ya de la fiebre que tenía, me retiré á mi casa presuroso en busca de un sueño reparador que afortunadamente el cielo me concedió. Cuando en la madrugada oí el toque del Ave María, recordé como un sueño desvanecido las impresiones de la noche anterior.

Llegó la tarde y elegí por paseo el mismo lugar donde estuve y ocurrió la escena de la noche pasada. Lleguéme al rosal y al contemplar una rosa que ya empezaba á marchitarse, la corté con cuidado para que sirviera de alfombra á la Madre de Dios.

Orgena.

Bayamon, Diciembre 10 de 1875.

## COFRESÍ.

### NOVELA

DE ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.

(Continuacion.)

## CAPÍTULO III.

LA PALOMA Y EL GUARAGUAO.

Ya hemos dicho que *la fantasma* se detuvo en mitad de su marcha sin duda al advertir que era percibida por alguien que salía de debajo del árbol en direccion á ella, ó porque juzgase que así convenía mejor á su propósito de despejar aquel contorno por medio del terror que entónces solía inspirar esta clase de apariciones.

Dejamos á Rosa junto á la Ceiba, medio muerta del susto, y á su amante Ricardo avanzando hácia el *aparecido*, pistola en mano. Continuaba éste caminando con paso decidido; y cuando estaban cerca uno de otro, *la fantasma* que sin duda no se prometía tanta decision en contra suya, emprendió á su vez el movimiento de retirada hácia el bosque de donde había salido.

Vaciló un tanto nuestro mancebo, acaso por temer alguna emboscada, pero el ánimo pudo mas en él y prosiguió luego avanzando con mayor empeño aún.

Retrocedió de nuevo *el aparecido*, y á juzgar por las oscilaciones de la antorcha que llevaba por corona, podría juzgarse que ya su andar era mas precipitado, trascendiendo mas á fuga que á retirada.

Llegado que hubo al bosque, ocultóse en él; pero Ricardo, que estaba ya cerca de aquel punto y comprendió que iba á perder la ocasion de reconocer al disfrazado ó á encontrar mayor dificultad para perseguirle, visto lo intrincado de la maleza y arbolado en semejante sitio; disparó la pistola — La bala fué silbando á dar sin duda en uno de los árboles



de la entrada del bosque; aunque la puntería apareció tan certera, que por un momento creyó haber dado en el blanco, pues vióse que *el aparecido* se inclinaba como si cayera, y la luz dejó de brillar. No podía acertarse entonces si aquel movimiento de *la fantasma* había dimanado del tiro que trató de evitar, ó si fué por haberle recibido, ó si era que se agazapaba para penetrar mejor á través de tan enmarañado follaje. Es lo cierto que la luz se apagó ó se cubrió con este.

Pero Ricardo, sacando del cinto la otra pistola que montó á la vez, continuó avanzando y penetró en el bosque por el mismo paraje por donde acababa de entrarse la perseguida aparición.

El mayor silencio reinó por algunos minutos. Solo hubiera podido percibirse, á estar cerca de la doncella, su respiración anhelosa que produciéndose agitadamente al compás de los rápidos latidos de su corazón, revelaba lo angustioso de su temor en aquellos momentos tan dilatados para la infeliz.

De pronto, sintió un ruido semejante al que produjera una cabalgadura en las aguas de un río llano al pasarle á escape; era un caballo ciertamente, y que por venir con aquella velocidad, producía igual ruido en la maleza. Alzó la vista. . . . el caballo venía en pelo, pero traía ginetes, dirigiéndose ámbos hacia ella.

Érase éste un hombre fornido á lo Hércules, en mangas de camisa y sin sombrero, que tal vez había perdido en la rapidez de la marcha; mulato oscuro al parecer, de abultadas facciones, y cuyos cabellos semi-lazos, pero enredados y espesos, agitándose por el viento y la carrera, en unión de unos ojos en que se pintaba cierta ferocidad, delirante y febril en aquellos momentos, derramaban la antipatía en torno suyo y acrecían el susto de la cuitada doncella, trocándole en verdadero horror.

Llegóse á ella esta figura, y desmontóse del caballo que dejó abandonado á sí mismo; pero que sin duda por lo violento de la carrera que había traído, quedóse inmóvil y jadeante.

Fuése á la doncella el que habremos de llamar un hombre, porque de este modo suele designarse á quien guarda aquella forma á pesar de ciertos rasgos de ferina apariencia; y la precipitación con que el susodicho hombre verificó su movimiento, heló de nuevo la voz en la garganta de la pobre Rosa.

El verdadero horror, que según digimos, se apoderó del ánimo de esta, al arribo de tan extraño personaje, llegó al extremo cuando vió junto al suyo la ferocidad de semejante rostro, que como veremos, logró reconocer á pesar de la oscuridad de la noche: tal como el ojo moribundo de amedrentado cervatillo, percibe sobre sí, entre las sombras de su terror, la fisonomía de la fiera que va á devorarlo.

En vano quiso lanzar un grito de desesperación y de agonía, último resto de sus expirantes fuerzas, último alarido de un corazón que va á paralizarse: sus labios lograron solo articular á medias, mas bien murmuración entrecortada que palabra. . . . algo, parecido á un nombre, sin duda, el de aquella fiera que intentaba dar á la infeliz una muerte peor que la muerte.

Juancho! fué, según pudo difícilmente colegirse, el vocablo que vino á perderse en los labios de la doncella.

—Sí, el demonio!—respondió con voz ronca y trémula de furia, aquel á quien llamaremos Juancho, como al parecer, acababa de nombrarle Rosa.

Y tanto se parecía á lo primero, que acaso la cuitada juzgóle tal, y hasta habríase santiguado, á no sentirse morir. Cerró los ojos y perdió el conocimiento. . . . Estaba desmayada ó muerta!

Si hay quien encanece de terror en un instante, también se puede morir de horror en tan breve espacio. Si ella no estaba muerta, lo parecía: nada mas semejante al cadáver que aquellos ojos cerrados, aquel semblante y manos de cera, un cuerpo helado y un corazón que no latía. . . .

Todo esto pasaba con la rapidez del pensamiento, con la de la intención de aquel malvado. Sin duda era brutal é infame rapto lo que éste se proponía; pero venía á ser el rapto de un cadáver.

Tomó en brazos el cuerpo de la doncella, que aunque pesara mas en aquel momento, su carga era grano de leve arena, dada su delgadez y vista la corpulencia del bandido, cuyas fuerzas acrecentaba la frenética excitación con que procedía.

Llevó á Rosa junto al caballo en que había venido; y poniendo el pie sobre un tocon ó piedra que casualmente acertó á estar junto á la cabalgadura, trepó, ya que no pudo saltar en esta, por llevar ensortijada en el brazo derecho y apegada á su cintura como á manera de costatillo, á la infeliz doncella.

Durante este movimiento, la cabeza y pies de la joven se juntaron casi, á guisa del arco que forma el cuerpo de descoyuntado niño, tomado de la cintura por el brazo de un gimnasta en los circos de volatines. La flexibilidad de aquella permitía este movimiento, que un artista hábil habría tomado para trazar el modelo de una Hebe, arrojada de lo alto por la cólera de Júpiter.

Rápido fué todo esto, como digimos antes, y una vez montado el forajido, y atravesado en su delantera aquel cuerpo, que aun como inanimado era gracioso; partió veloz la cabalgadura, murmurando su ginete con labios en que casi parecía asomarse la espuma de la rabia.

— Ya estás en mi poder! qué venga á salvarte ese mancebo aborrecido!

(Continuará.)

## AMOR DE MADRE.

El sol hundía su reluciente faz tras las empinadas cumbres de las montañas. Las brisas juguetonas recogidas en el regazo de la naturaleza, no acariciaban ya el ramaje de los árboles, que cesando en sus movimientos de suave oscilación, permanecían inmóviles en medio del campo. Los pajarillos no cruzaban el espacio azul del cielo, ni lanzaban al aire sus candenciosos trinos: plegadas ya sus festoneadas alas y escondidos dentro de su propio plumaje, posábanse en las copas de los crecidos cedros en busca del sueño que revive las fuerzas vitales á los seres de la creación. El murmurio del arrolluelo que serpea tranquilamente los valles, se hacía mas perceptible á medida que el silencio iba apagando la voz de la naturaleza.

Ya las primeras sombras de la noche, tendiéndose sobre la superficie de la tierra, se confundían en estrecho abrazo con los últimos reflejos del crepúsculo, y la tórtola amante llamaba á su lado con lastimoso acento al compañero de toda su vida, desde las ramas de una elevada ceiba.

Una mujer cruzaba lentamente por medio de un valle, sueltos sus cabellos sobre la espalda en precioso desorden: las manos unidas ante el pecho en actitud suplicante: la mirada fija en el cielo con sublime expresión de dolor: el rostro bañado en abundoso llanto..... ora se detenía un momento como si las fuerzas la abandonaran de una vez; ora volvía á avanzar de nuevo con mayor lentitud.....

Por fin permaneció inmóvil un instante; inclinó la frente sobre el pecho; su cuerpo osciló brevemente sobre los menudos pies que lo sostenían..., y perdiendo luego su equilibrio quedó postrado sobre el suelo.

El sol del día siguiente iluminó con sus primeros rayos, el cadáver de una madre que había perdido para siempre su hijo idolatrado.....

Pto-Rico.

V.

## EL ESCARABAJO DE ORO

POR EDGARDO POE.

(Continuación.)

No sé si recordareis que cuando me senté á la mesa para dibujar el escarabajo, no hallé papel en el paraje en que suelo tenerlo; busqué en el cajón y tampoco lo hallé; registré mis bolsillos esperando hallar una

carta, cuando mis dedos encontraron un pergamino. Os detallo minuciosamente toda la serie de circunstancias que lo pusieron en mis manos, por que todas ellas han despertado singularmente mi atención.

Indudablemente me tendreis por un delirante; pero yo había establecido una especie de conexión; había unido dos anillos de una gran cadena. Un buque destrozado en la costa, y no lejos del buque un pergamino *no un papel*, que tenía pintado un cráneo. Me preguntareis naturalmente dónde está la relación, á lo que responderé que el cráneo ó cabeza de muerto es el emblema muy conocido de los piratas, los cuales en todos los combates izan un pabellón en que hay pintado un cráneo.

Ya os he dicho que era un pedazo de pergamino y no de papel: el pergamino es una cosa durable, casi imperecedera; pocas veces se confían al pergamino cosas de escasa importancia, pues no corresponde de mucho tan bien como el papel á las necesidades de la escritura y del dibujo. Esta reflexión me indujo á pensar que había de tener alguna relación, algún sentido particular con el cráneo. Observé la forma del pergamino: uno de los lados había sido destruido por algún accidente; pero se veía que la figura primitiva era oblonga: era, pues, una de estas hojas que se escogen para escribir, para consignar un documento importante, una nota que se desea conservar mucho tiempo.

— Pero decís que el cráneo no estaba en el pergamino cuando dibujásteis el escarabajo. ¿Cómo podeis, pues, establecer relación entre el buque y el cráneo si, como decís, este último fué dibujado, sabe Dios cómo y por quién, posteriormente al dibujo del escarabajo?

— En esto consiste todo el misterio, por mas que me haya costado comparativamente poco trabajo resolver este punto del enigma. Mi marcha era segura y no podía conducirme mas que á un resultado. Hé aquí como discurría yo: cuando he dibujado el insecto, no había señales de cráneo en el pergamino; cuando hube acabado mi dibujo, os lo entregué y no os perdí de vista hasta que me lo devolvisteis; por consiguiente, vos no habíais dibujado el cráneo, y no había con nosotros otra persona para poderlo hacer: luego no había sido creado por la acción humana, y, sin embargo, yo lo tenía delante de los ojos.

(Continuará.)

*Establecimiento Tipográfico de Gonzalez.*